

# *Las amenazas a la democracia*

Álvaro Soto Carmona

Universidad Autónoma de Madrid

Fecha de aceptación: 15 de noviembre de 2020

El triunfo de la *Revolución de los Claveles* en Portugal en 1974 abrió un nuevo ciclo político, en el que las democracias representativas se fueron extendiendo por todo el mundo, siendo cada vez más numerosos los países con dicha forma de gobierno y la población que disfrutaba de la misma.

La caída de la mayor parte del mundo comunista, de las *Dictaduras de la Seguridad Nacional*, en especial en América Latina (Argentina, Chile, Uruguay, Brasil...), y el proceso de la “segunda liberación” en África (Benín, Senegal, Sierra Leona, Sudáfrica...) favorecieron la extensión de las democracias, pese a la aparición de regímenes islámicos o la resistencia de algunos países comunistas.

Esa tendencia se ha visto quebrada en los últimos años con el rechazo del actual modelo de democracia, el desorden del sistema internacional, las crisis económicas, el protagonismo de nuevos actores sociales, las formas novedosas de protesta y, por último, por la profunda crisis cultural. Agregándose a todas ellas una circunstancia inesperada: la aparición y extensión de la pandemia del COVID-19. Todo lo cual nos conduce a pensar que estamos a las puertas de un nuevo mundo, que sustituye las formas de gobernanza habidas en los últimos cincuenta años, debido a la caída de la legitimidad de los sistemas políticos actuales, al modelo económico basado en un mercado con funcionamientos perversos, al aumento de las desigualdades y al convencimiento, por parte de sectores amplios de la población, de que la salida a todo ello debe fundarse en una nueva legitimación.

El cuestionamiento de las democracias existentes se vincula con la desconfianza en las instituciones, especialmente los gobiernos, los parlamentos y los partidos políticos. Dicha situación no tiene que ver con la pertenencia a una determinada clase social, sino que se produce en el conjunto de la población, donde a la hora de evaluar la “democracia actual” se la define con “grandes problemas” y como “poco eficaz”.

A esto último ha contribuido la existencia de la corrupción entre los políticos que si bien no es nueva, sí lo es su conocimiento y extensión. A ello se añade la existencia del crimen organizado que constituye otro de los problemas acuciantes.

La aparición de actitudes autoritarias dentro de gobiernos democráticos es cada vez más habitual. Las “democracias iliberales” restringen derechos y libertades,

pero sobre todo acaban con la división de poderes, aunque se mantenga la competencia electoral y la existencia de la oposición. Se dan en Europa, como serían los casos de Hungría, Polonia, o en Asia, caso de Filipinas y en Turquía.

En cuanto al sistema internacional, como nos indica **Pedro A. Martínez Lillo** y **Javier Castro**, hay pruebas inequívocas del declive del poder de Estados Unidos, del creciente papel en el mundo de la República Popular China, de la avidez de ciertas potencias regionales, de la erosión del multilateralismo, la crisis de la globalización y un nuevo impulso nacionalista.

Los actores internacionales se han incrementado, y con ello también sus problemáticas. El Estado se ha debilitado como figura principal en la escena mundial. Junto a las organizaciones intergubernamentales o grandes bloques regionales, se asiste a una proliferación de actores no gubernamentales y fuerzas transnacionales. Desde activas ONGs, grupos religiosos, conglomerados mediáticos o movimientos de la sociedad civil y empresas transnacionales, hasta los propios individuos organizados a través de un sistema de redes, cada uno con sus agendas, enfoques y sensibilidades hermenéuticas. Nunca como hasta ahora el juego internacional fue tan interactivo, evidenciando cómo la gobernanza mundial no es ya ámbito exclusivo de los Estados.

El complejo presente del multilateralismo coincidiría con la crisis de desconfianza extensiva en gran parte de las instituciones públicas de los países occidentales, a la que se suma la desconfianza democrática y la desconfianza estructural que convergen y se consolidan. Estos diferentes factores son los que han llevado a hablar de la entrada de una “*sociedad de la desconfianza generalizada*” para calificar el mundo contemporáneo. La irrupción de los populismos y partidos nacionalistas que acceden a los gobiernos se explica, entre otras razones, por la desconfianza generalizada hacia las élites políticas. En este caldo de cultivo el relato mesiánico, que busca reinventar diseños nacionales e internacionales, se juzga sin miramientos las instituciones ya fundadas.

El papel de las Fuerzas Armadas en los populismos de izquierda sirve de línea argumental a **Roberto Muñoz** para mostrar cómo los proyectos desarrollados por Chávez y Maduro en Venezuela y Morales en Bolivia tenían por objeto la subversión de las instituciones democráticas y la conversión de sus respectivos países en regímenes iliberales gobernados permanentemente por la misma élite. La diferencia entre el éxito de este programa en Venezuela y su fracaso en Bolivia radica en que en el primero de estos países, los populistas lograron ideologizar e incorporar a sus planes a la *Fuerza Armada Nacional Bolivariana*, al establecer sobre ella un “control por socialización revolucionaria”, complementado con la militarización de la Administración y la economía del país. Por el contrario, Morales, aunque intentó aplicar dinámicas similares a las venezolanas en las Fuerzas Armadas bolivianas, fracasó en su intento de extender la ideología del *Movimiento al Socialismo*

(MAS) entre los militares y optó por mantener el “control por contención” heredado del periodo democrático, siendo al final la causa de su ruina política. No obstante, el reciente triunfo electoral del candidato de este partido, Arce, puede abrir una ventana de oportunidad a ese proyecto, aunque el nuevo presidente ha declarado: “vamos a gobernar para todos los bolivianos”.

Se está viviendo actualmente un momento de debilidad histórica de las izquierdas en casi todo el planeta, afirma **Stéphane Boisard**. Tanto los planteamientos social-liberales como los radicales parecen incapaces de imponerse a corto o medio plazo en elecciones democráticas. El mundo está gobernado hoy día mayoritariamente por partidos conservadores y/o de derechas (aunque el término sea de un uso polémico en muchos sistemas políticos extraeuropeos).

El fenómeno político del “trumpismo” en Estados Unidos y, en menor medida, de las derechas radicales xenófobas, ultranacionalistas (según el caso, ultraliberales o profundamente proteccionistas en lo económico) se inscribe en lo que podríamos llamar una cuarta ola reaccionaria siguiendo la perspectiva trazada por Albert Hirschman. Según este autor, las embestidas antiestadistas de la “tercera ola reaccionaria”, que se oponen al Estado de bienestar construido con el advenimiento del keynesianismo, suceden a una primera, hostil a la afirmación del principio de la igualdad ante la ley y, de manera más general, al reconocimiento de derechos civiles después de las grandes revoluciones liberales de finales del siglo XVIII; y a una segunda, que se opuso a la extensión del sufragio universal en los siglos XIX y XX. La cuarta ola reaccionaria, la de los defensores del pueblo-*èthnos* que se apoyan en el pueblo-*plèthos* de la postdemocracia digital, ha jugado con las frustraciones y el descrédito generalizado que ha caído sobre la democracia como régimen fundado en el pueblo-*dèmos* y sobre el personal político que lo representa. En un mundo sobre determinado por poderes económicos transnacionales, estos líderes han ganado legitimidad debido a la imposibilidad de una verdadera participación significativa de los ciudadanos en las decisiones importantes. Son entonces los límites de la democracia representativa, la influencia de las redes sociales, el peso de una oligarquía y una tecnocracia intocables, el escaso impacto de la alternancia electoral en la política pública, los que contribuyen a nutrir el populismo.

Uno de los ejemplos más interesantes de populismo de derecha es el de Brasil. Así el estudio de **Ángela Alonso** nos enseña que “la comunidad moral bolsonarista” no está formada por los ignorantes, insanos, sin “conciencia”. Son personas que encuentran en el patriotismo una identidad, en la familia tradicional una organización para la vida práctica y en la violencia un recurso de autodefensa. Familia, religión y patria son sus lenguajes y recursos para moverse en un mundo en que todo cambia vertiginosamente. Su odio a la diferencia nace del miedo a la desestructuración de su identidad, sus creencias y su estilo de vida por las políticas inclusivas, identitarias, igualitarias y democráticas. Su énfasis en la educación o

subversión de los niños viene de su temor a que sus hijos no sean como ellos. Las violencias simbólicas y físicas son su estrategia de autodefensa. No se ven a sí mismos como autoritarios, sino como restauradores de un orden bueno y perdido.

Esta “comunidad moral” es minoritaria incluso entre los que votaron por Bolsonaro, pero comparte valores conservadores, como las jerarquías de género y de raza, y la crítica a lo políticamente correcto y a las acciones afirmativas, con millones de brasileños, incluso de la élite social. Su retórica llega más allá de los círculos sociales autoritarios, e incluye a todos los conservadores.

Desde la redemocratización en los años ochenta científicos sociales y políticos de izquierda en Brasil hablaban de la “sociedad civil” como terreno de innovación, modernidad y progresismo. Olvidaron mirar al otro lado, a la parte de la sociedad organizada alrededor de asociaciones y redes de sociabilidad en favor de las jerarquías, la familia y las armas. Esta parte conservadora de la sociedad celebra, desde la elección de Bolsonaro, su libertad de sacar a la luz ideas, valores y comportamientos reprochables mientras gobernaba la izquierda.

El cambio del modelo económico, como plantea **Donato Fernández Navarrete**, en el último cuarto del siglo XX ha supuesto el abandono progresivo del keynesianismo y su sustitución por el modelo neoliberal. Desregulación, privatizaciones, internacionalización financiera, deslocalización de las empresas, junto a otras medidas que defienden el mercado como la fórmula más eficaz, mientras consideran al Estado un problema. Todo ello ha ido acompañado de una retórica ensalzadora de la libertad, que en realidad oculta una defensa a ultranza del capital frente al trabajo, como denunció Joseph Stiglitz: un ataque al *Estado de Derecho* y a las reglas de la democracia.

En 2008 se inició una profunda crisis económica, sobre todo financiera, debido a los excesos desreguladores, que en la *Unión Europea* se vieron agravados por el incremento de la deuda pública. Dos hechos impidieron la plena recuperación, por un lado la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, lo que incrementó las incertidumbres debido a su política errática; por otro lado, la crisis sanitaria provocada por la pandemia que bajo la existencia del falso dilema salud o economía, ha dado lugar a medidas de freno de la actividad económica, lo que ha restringido la oferta e inmediatamente la demanda, y cuyas consecuencias están aún por ver.

La actual situación se caracteriza por el incremento de la deuda pública, un mayor proteccionismo, el freno a la globalización, los cambios en las formas de trabajo, o el aumento de las desigualdades. Esto último es muy importante no sólo por lo que supone de cuestionamiento global del sistema, sino por ser una de las causas principales del malestar existente en determinados países, como en el caso de Chile, donde las protestas de la población contra sus gobernantes han obligado a la refundación del Estado.

**Héctor Romero** ha revisado algunos aspectos teóricos sobre la crisis de la democracia. Apoyándose en algunos conceptos clásicos (de Tocqueville) destaca, de un lado, la relevancia que en las sociedades democráticas adquiere no ya el crecimiento de la desigualdad, sino el aumento de la percepción social de la desigualdad y el privilegio. Conviene recordar que no solo el mal gobierno o el liderazgo antidemocrático (acción) socavan la legitimidad de las democracias, sino que lo hace muy singularmente la erosión de sus bases sociales (estructura). Asimismo, y en este caso apoyándose en los trabajos de Charles Tilly, señala la relevancia de comprender la democracia como un proceso siempre abierto y determinado de manera fundamental por el grado de permeabilidad de las élites políticas respecto de las demandas de los ciudadanos.

La *Gran Recesión* provocó un aumento importante de la desigualdad social en la mayor parte de los países europeos. Incluso en aquellos casos donde el impacto sobre la desigualdad no fue tan acusado, la percepción social de la desigualdad creció favoreciendo la consolidación de un relato basado en la quiebra del contrato social intergeneracional. En este sentido se desarrolló un fuerte discurso contra las élites políticas empapado de retórica anti aristocrática, que ha tenido entre sus efectos la deslegitimación de las opciones políticas tradicionales, el auge de partidos populistas a izquierda y derecha del espectro político, la manifestación de una crisis de reconocimiento, que se mantenía latente, y la aceleración de un proceso de deterioro de algunas instituciones, que ya venían dando síntomas de fatiga como consecuencia de la tensiones propias de la globalización.

La llamada crisis de los refugiados abundó en algunos de los problemas de legitimación que la crisis económica ya había puesto de manifiesto, alimentó la retórica nacional-populista e impulsó sus bases electorales. Pero los análisis han desatendido uno de los efectos de deslegitimación que no tiene tanto que ver con el auge de la xenofobia, como precisamente con la desatención de las demandas de amplios sectores de la ciudadanía, que promovían una política migratoria de acogida y asilo más ambiciosa, basada en principios liberales y valores cosmopolitas. Ha hecho más daño al proyecto europeo en relación con la crisis de los refugiados la impermeabilidad de las instituciones comunitarias ante esas demandas, que el auge de las opciones xenófobas del grupo de Visegrado, cuyos fundamentos habían arraigado antes de esta crisis migratoria.

El Informe Anual del 2019 del *Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo* afirmaba que 26 personas tenían la misma riqueza que la mitad de la humanidad; un tercio de los alimentos producidos en el planeta se desperdicia, a la vez que una de cada diez personas pasa hambre. Además, las desigualdades de las nuevas generaciones han aumentado a raíz del cambio climático, los conflictos y las desigualdades de género.

Durante el segundo lustro del siglo XXI se han puesto en marcha movimientos de protesta influidos por el inicio de la crisis económica y su fuerte impacto sobre los trabajadores y los jóvenes, con unos sindicatos a la defensiva. Son movimientos ciudadanos transversales en su composición, con un importante protagonismo de mujeres y jóvenes, que defienden demandas a contracorriente de las políticas gubernamentales. La utilización de las redes sociales se ha convertido en el medio principal de movilización.

Desde el punto de vista cultural, se viene poniendo de manifiesto un cierto cansancio generacional con el sistema democrático, que, como afirma Yascha Mounk, se “está desconsolidando”. A mayor edad, el apoyo a la democracia es mayor; en cambio los más jóvenes la valoran menos y reducen la importancia de vivir en ella, siendo más favorables a los “liderazgos fuertes” en sintonía con políticas autoritarias. Es significativa la cada vez mayor “influencia” de las fuerzas armadas en las decisiones políticas en América Latina, y la fuerte confianza que los ciudadanos conceden a dicha institución, sólo superada por las diferentes iglesias.

El endurecimiento del lenguaje político, donde se trata como “enemigo” al “adversario”, va ligado a la creciente mediocridad de los líderes, que desconfían de los mecanismos de control parlamentario, acudiendo a procedimientos donde se elude el debate y aplicando la excepcionalidad en función de sus intereses y no de la sociedad. En conclusión, estamos ante un cambio en el paradigma dominante.